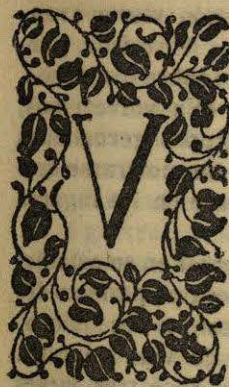


recibido como lo merecen los egregios vencedores. Esta página, evocada en estos momentos, aquí donde las tropas de un emperador heredero de la corona de Oto acaban de luchar sin dejar recuerdos de poesía, nos entristece más que las ruinas de Senlis. Porque lo que sentimos, ante la memoria de las épocas caballerescas, nos hace ver una ruina mayor aún que las de las ciudades: la ruina irreparable de las almas, que ya no saben, ¡ay!, como las de nuestros abuelos, ser generosas aun en medio de la tragedia.

LOS ALEMANES EN COULOMMIERS

27 de noviembre.



VINIENDO de Meaux, de Varedes o de Barcy, Coulommiers aparece cual un pueblo excepcional, en medio de los campos trágicos del Marne. Los alemanes pasaron por aquí, los alemanes se alojaron en estas casas, los alemanes establecieron sus baterías en estas inmediaciones... Y sin embargo, en ninguna parte se encuentra la menor huella de violencias. Todo el mundo trabaja con aire risueño. En las calles, las mujeres hablan de las ferias, del precio de los quesos, del tiempo que hace. Los niños juegan en las aceras. Menos guerrera no he visto ninguna población en el mundo. Sus fortificaciones y su castillo le daban en otro tiempo, según parece, un carácter hosco y terrible. Hoy, de todo aquello, no quedan sino algunas ruinas gentilmente ornadas de clematitas. Su misma iglesia, que fué bella y que podría sugerir recuerdos de la época en que los soldados de la Liga cometieron tantas tropelías, apenas es, con su torre mutilada y sus muros degradados, sino la sombra de lo que fué. ¿Qué pueden importarle, después de todo, las cosas pasadas a los positivos y prácticos coulommierenses del siglo xx? Ordenando sus vacas famosas y cultivando sus ricas huertas, viven ni envidiados ni envidiosos, y hasta en los instan-

tes más graves se jactan de tener mejor suerte que sus vecinos.

—¿Los alemanes? — exclaman cuando uno les interroga—. Sí... Aquí estuvieron unos días.

Pero nadie hace los gestos desesperados que hemos visto en otros sitios. Nadie grita. Nadie exhala quejas amargas.

En el fondo, ¿de qué han de quejarse? Cuando los ingleses encargados de defender la región vieron avanzar al enemigo, hubieran podido tratar de resistir, y entonces la lluvia de obuses habría caído sobre los techos. Por fortuna, se marcharon diciendo: «Ya volveremos, no tengáis cuidado.» Y cuando las tropas germánicas entraron sin disparar un tiro, en vez de mostrarse desagradables, se instalaron apaciblemente en los lugares que el alcalde les señaló.

El tabernero que nos sirve de almorzar en su establecimiento de la plaza del Mercado, es el tipo perfecto del provinciano jovial, amable, chismoso y obsequioso. Apurando a grandes sorbos un vaso de vino a nuestra salud, nos refiere sus sensaciones de hace tres meses con un aire de ingenuo regocijo. Haber visto a von Klück, ya legendario, y al príncipe Federico Eitel, hijo del Káiser, no a todos los mortales les ha sido dado. Por ahí, por esa esquina pasaron a pie dos veces, seguidos de una brillante escolta. ¡Y con qué arrogancia alzaban la cabeza desde el viejo general hasta el último teniente! La apostura fiera no se les puede negar a esos señores guerreros, y nuestro *restauranteur* no se las niega. ¡Ah, no! Altos, relucientes de cascos y sonoros de sables, envueltos en sus mantos grises, marchaban como para ir a una parada. Los simples soldados, al verlos, quedábanse lo mismo que estatuas de piedra, reteniendo hasta el resuello. Las mujeres asomábanse a sus ventanas para contemplarlos.

—Pero—le pregunto, recordando historias de atropes-

los poco galantes o demasiado galantes que hemos oído en Montmirail y en La Ferté Gaucher—, pero ¿no tenían miedo de tan terribles hombres las muchachas?

El tabernero se echa a reír.

—¡Si venían a bailar la polca con ellas, aquí en la plaza!—exclama.

Luego, más discreto, rectifica:

—Se entiende que las malas...

Sinceramente, al oír hablar así, experimento un gran alivio en el alma. La idea de que las tropas de Guillermo II se hayan portado como una horda es una de las que más me afligen. Ayer, después de una piadosa peregrinación a los campos de batalla de Champaubert, cuando tratábamos de olvidar los horrores monótonos de la guerra actual evocando las épicas cabalgatas napoleónicas, nuestro *cicerone* nos hizo detenernos en las cercanías del castillo de Baye. La llanura, cubierta de cruces, nos indicaba que ahí la lucha había sido ruda. A cada paso encontrábamos una choza incendiada. Era, en suma, el mismo cuadro que contemplamos desde hace días en esta bella y macabra comarca, en la cual se libró, en septiembre, una de las más formidables luchas que han conocido los siglos. Pero no eran las tumbas, no, ni las chozas incendiadas lo que nuestro guía quería hacernos ver, sino el castillo mismo. Por fuera, nada tenía de singular. Sus altos muros, tapizados de hiedra, alzábanse, intactos, dominando el parque señorial. En el interior, en cambio, todo era desolación. Los muebles de estilo, reliquias de generaciones, yacían en desorden en medio de las cuadras. Las vidrieras habían perdido sus cristales. Las botellas vacías amontonábanse sobre las alfombras manchadas.

—La señora baronesa no quiere que se repare nada todavía—nos dijo el guardián.

Y llevándonos hasta una salita vacía, nos hizo leer la

siguiente carta que la castellana dirigió, hace dos meses, a *Le Temps*:

«La persona que quiso honrarme alojándose en mi castillo, fué el Kronprinz, heredero del trono de Alemania. Rompiendo todas las vidrieras que se encontraban en una galería de 45 metros de largo, ese príncipe saqueó todo, las armas antiguas, las joyas históricas, los objetos preciosos, las medallas, las copas de oro cinceladas, los regalos que el Zar de Rusia hizo a mi marido el barón de Baye, todo, en fin. En nuestro museo de 1812, apoderóse de admirables iconos, miniaturas, tapices, y lo que es más sensible aún, de los recuerdos de nuestros abuelos. Hizo embalar muebles y cuadros, escogiéndolos muy sabiamente. Por fortuna, no pudo llevarse las últimas cajas en su retirada precipitada.»

—¿Usted vió al Príncipe imperial?—preguntamos al guardián.

—Yo no estaba aquí en aquellos días—nos contestó.

—Pero los que estaban aquí, ¿lo vieron, le hablaron, supieron que era él?...

—Había entre los que durante cinco días ocuparon el castillo un joven oficial, delgado, alto, nervioso, a quien todos los demás militares trataban con muestras de respeto.

Es todo lo que el viejo servidor de la noble vivienda pudo decirnos. Y por más que nos hacía leer de nuevo la carta impresa de su señora, no lograba convencernos. Un oficial joven, aristocrático, no es por fuerza el heredero del trono. En la gran agitación moral que causa la invasión en estas comarcas, la gente vive obsesionada por los nombres más ilustres. En todas las aldeas incendiadas, en todos los pueblos saqueados, los hombres y las mujeres han creído reconocer a los mariscales famosos. Las sombras de von Klück y de von Bülow están en los rincones más humildes. «Yo los vi», dicen las gentes. Y en el acto trazan retratos ingenuos de gue-

reros rubios, fieros, altivos, brillantes. En cuanto al Kronprinz, a quien Francia entera acusa de ser el causante de la guerra y de presidir la tenebrosa Liga del pangermanismo conquistador, se le encuentra, el mismo día, en cien sitios opuestos, y se le ve conducirse de maneras contradictorias. «Allí estaba con su Estado Mayor», murmuran los campesinos de las inmediaciones de Vitry de François, enseñando una cueva formidablemente atrincherada en la cual quedan aún los fragmentos de una batería de campaña. «Aquí se alojó», exclaman los burgueses de cualquier ciudad, mostrando la casa más suntuosa de la plaza principal. Las circunstancias excusan en el pueblo todas estas fantasías. Pero yo me pregunto: ¿Cómo una gran señora, una embajadora, una mujer ilustre que ha sido recibida en las Cortes europeas, puede, porque sus servidores le hablan de un joven oficial rubio a quien los demás tratan con respeto, asegurar que era el Príncipe imperial? En tiempos normales, los parisienses sonreirían de tal inocencia o de tal ligereza. Hoy, no. Hoy, hasta el mismo Kronprinz ha creído necesario para su honra contestar a la baronesa de Baye, en el curso de una conversación con un periodista americano. «Yo no soy un *cambricoleur*», ha dicho. Y claro que no puede ni un solo instante dudarse de su palabra. El *cambricoleur* fué otro oficial joven que los servidores del castillo tomaron por el heredero del trono, a causa de su séquito. Mas, sea quien sea, las huellas del saqueo están ahí patentes. Y, sea quien sea, su acto entristece a los que querriamos ver siempre en los guerreros un alma caballeresca (1).

(1) He aquí lo que dice el *Rapport* oficial del Gobierno francés sobre el saqueo del castillo de Baye:

«Le lendemain, nous étant rendus au *Château de Baye*, nous avons constaté dans cet édifice, les traces du pillage qu'il a subi. Au premier étage, une porte donnant accès dans une pièce contiguë à la galerie où le propriétaire a réuni des objets d'art de valeur, a été fracturée; quatre vitrines ont été brisées, une autre a été ouverte. D'après les déclarations de la gardienne,

Las dolorosas impresiones de Baye se desvanecen en Coulommiers. Verdad es que los periódicos han hablado de millares de botellas sacadas de las bodegas sin permiso de los dueños. Esto no es nada. El mismo Goethe, en sus Memorias de la campaña de Francia, confiesa que en Somme Tourbe no pudo resistir a la tentación de pillar una *cave* bien provista de vinos generosos, imitando a los soldados del duque de Weimar. Lo terrible, lo increíble, es la rabia metódica de destruir y de saquear de la cual se acusa a los invasores en muchas ciudades. Y de esta rabia, por fortuna, ningún rastro se descubre en Coulommiers.

Nuestro jovial tabernero no tiene sino elogios para los que fueron sus parroquianos durante tres días.

—En esta mesa—asegura—comía un médico militar que hablaba muy bien francés y que me decía a cada momento la pena que sentía al ver los horrores de la guerra. Era un buen hombre, de cara enfermiza, con ojos muy dulces. Cuando yo le pregunté cómo es posible que sus compatriotas incendien los pueblos, me contestó que la guerra es una cosa horrible y que todos los hombres son salvajes cuando pelean. En Alemania, según él, aún quedan, en el Palatinado, los rastros de las barbaridades que nosotros cometimos en otro tiempo. Yo vi la campaña de 1870, sin embargo, y no recuer-

qui en l'absence des maîtres n'a pu nous faire connaître l'étendue du dommage, il aurait été principalement dérobé des bijoux de provenance russe et des médailles d'or. Nous avons remarqué que des tablettes recouvertes de velours noir, qui ont dû être retirées des vitrines, étaient dérangées d'une partie des bijoux qui s'y étaient trouvés antérieurement fixés.

La chambre du baron de Baye était dans le plus grand désordre; de nombreux objets étaient épars sur le plancher et dans les tiroirs demeurés ouverts. Un bureau plat avait été fracturé; une commode Louis XVI et un bureau à cylindre du même style avaient été fouillés.

Cette chambre avait dû être occupée par un personnage d'un très haut rang, car sur la porte était restée une inscription à la craie ainsi conçue: «J. K. Hohelt.» Personne n'a pu nous renseigner exactement sur l'identité de cette Altesse; toutefois, un général qui logeait chez M. Houllier, conseiller municipal, a dit à son hôte que le château avait abrité le duc de Brunswick et l'était-major du 10^e corps.»

do que los prusianos hayan sido como ahora dicen que son en Bélgica.

El tabernero sonríe con malicia y, mirándonos irónicamente, agrega:

—Es cierto que los periódicos mienten mucho... Así, aquí, en Coulommiers, he leído que hemos sido víctimas del furor del enemigo... ¡Qué cosas cuentan ustedes!... La mujer que cuida la casa en la cual se alojó el general von Klück, se queja porque dice que la injuriaron... ¿Saben ustedes en qué consistió la injuria? Pues el general, cuando supo que la buena mujer tiene dos hijos que son soldados, la llamó y le dijo que el día en que Guillermo fuera Emperador de Francia, le prometía proteger a los dos muchachos para que llegaran a ser oficiales alemanes. Yo me hubiera reído en sus barbas y le habría dado las gracias. A los *boch* hay que tratarlos en broma. Aquí venían cuarenta soldados que quisieron al principio mostrarse insolentes. Uno de ellos, viéndome comerme un pedazo de carne, se acercó a mi mesa y me lo pidió. Ni siquiera le hice caso. Él me enseñó su sable, y yo le contesté que también en mi juventud, en el 70, yo había tenido uno y que me había servido de él rudamente en Alsacia. Sin embargo, como empezaba a ponerse un poco pesado el hombre, me levanté y llamé a un oficial que pasaba por la plaza. ¡Si hubieran visto! El oficial entró y le dió un puntapié en el trasero al insolente, que salió corriendo... Los demás se quedaron más mansos que unos corderos... Mi amigo el médico militar me dijo que a las nueve de la noche era preciso cerrar, para no exponerme a una multa. A las nueve daba yo una palmada, y los alemanes se iban, después de pagar religiosamente con plata rancesa... Porque no hay que decir que no pagaban... El del estanco de tabaco asegura que le quitaron todos los cigarros buenos y no le dieron un céntimo... ¡Allá él, que no sabe arreglarse!... Por mi parte, no me queda-

ron debiendo nada... A la hora en que la música del general venía a tocar en la plaza, los soldados no se atrevían a entrar en la sala, porque los oficiales se sentaban en la terraza a oír los valeses... ¡Les tienen un miedo a los jefes esos pobres *bougres!*... Viendo que yo hablaba con un capitán lo mismo que con el último *piou-piou*, se quedaban con la boca abierta. «En Francia—les decía yo—, un general es lo mismo que los demás; nosotros no somos esclavos.» Todos me preguntaban por París, tratando de saber si les recibirían bien allá, si era cierto que los bulevares estaban llenos de cafés alegres, si todas las mujeres eran bonitas. Cuando encontraban una tarjeta postal con vistas de la Ópera o de los Campos Elíseos, se quedaban pensativos contemplándolo, y lo guardaban entre sus papeles, como una reliquia, creyendo, sin duda, que pocos días después iban a poderla mandar, desde la plaza de la Concordia, a sus novias. Yo me reía, pues estaba seguro de que no llegarían a la capital. Pero claro que no les decía nada. El médico me había aconsejado que no tuviera discusiones inútiles... ¡Ah, el buen doctor, Dios sabe lo que le habrá pasado!... Cuando nuestras tropas se acercaron victoriosas, y von Klück salió corriendo en su automóvil, el médico vino a verme, tembloroso, y me dijo que todo iba mal, muy mal. Aquí se sentó y se bebió una botella entera de vino en un minuto. «Mal, muy mal, repetía.» Los soldados pasaban entre los carros, y los jinetes iban y venían al galope, llevando órdenes. Los oficiales hablaban a gritos. A lo lejos se oía el cañón. De pronto, vimos una batería que se colocó en la bocacalle, como para tirar... ¡Aquello sí que me gustó! Pero un cuarto de hora más tarde apareció un sargento y habló con los artilleros. La batería se fué también. Sólo el médico quedaba, murmurando: «Mal, mal.» Yo le tuve lástima, al pensar que podían llegar de un momento a otro los nuestros, y le aconsejé que se marchara. ¡La

cara que puso al irse y ver que la plaza estaba desierta!...

— Pero, y los demás habitantes de Coulommiers — le preguntamos —, ¿cree usted que guardan un recuerdo tan poco desagradable como usted de la invasión?...

El tabernero parece meditar.

— Los otros — murmura —, los otros... Yo no sé que hayan matado a nadie... Vean ustedes mismos la ciudad... Ni un vidrio falta...

En efecto, ni un vidrio falta; ni un vidrio ni una sonrisa. Siempre apacible, siempre animado, el pueblo sigue viviendo su vida de *petite ville* rica, activa y alegre. Las muchachas se asoman a las ventanas para vernos pasar, y nuestros abrigos rústicos de automovilistas que recorren campos helados, les inspiran miradas de dulce ironía. En las tiendas, los campesinos discuten sobre el precio de los famosos quesos. Los niños juegan, apacibles, en las aceras. En la torre derruida de la iglesia, una campana hace oír su voz joven, muy joven, llamando en vano a los fieles, que, por lo visto, prefieren quedarse en sus casas meditando en misterios menos ideales y más positivos que los de la religión.

Mis compañeros, que no buscan en las comarcas del Marne sino huellas de bombas y cruces de tumbas, se sienten como desilusionados en este lugar donde no pasó nada de dramático, donde no hubo ni fuego, ni sangre, ni espanto. «No es interesante todo esto», parecen pensar al examinar las calles intactas. Pero yo, por el contrario, me siento tan feliz, que hasta se me figura que algo del alma jovial del tabernero se me ha inoculado en el alma. Un pueblo que ha visto la guerra atroz de cerca, un pueblo que ha sido invadido y rescatado y que no guarda una sola gota de sangre, es inaudito, en verdad, y es admirable. ¡Bienaventurado Coulommiers!...

LOS CAMPOS DE RUINAS DEL MARNE

30 de noviembre



CHO días llevamos recorriendo las regiones en las cuales se desarrolló la inmensa tragedia del Marne, y en todas partes el mismo espectáculo nos sorprende: un espectáculo de desolación, de luto y de miseria, suavizado por la incurable sonrisa de la raza. ¡Sublime pueblo francés, que sabe, aun en los días más dolorosos de su historia, cuando el invasor huella aún su suelo, cuando las llamas de los incendios devoran aún sus tesoros, cuando sus campos están aún cubiertos de cadáveres, encontrar la fuerza necesaria para sonreír! Ha bastado que una promesa de victoria ilumine el alma de la patria, en efecto, para que todos, los hombres como las mujeres, los ancianos como los niños, olviden sus penas y gocen de la esperanza.

—Ahora—dicen los aldeanos de la Brie y de la Champagne, después de referir lo que padecieron hace tres meses—, ahora ya no hay peligro de que vuelvan.

Y esta sola idea los consuela, los anima, los calma, los enardece. La misma avaricia, que es el mayor defecto, o la mayor virtud, del campesino que baña la tierra con el sudor de su frente, desaparece en la tormenta actual. Todo lo que tienen lo ofrecen para continuar la lucha y

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

alcanzar el triunfo definitivo. Han dado sus hijos, lo que no es mucho. Han dado su trigo y sus caballos, lo que es más. Que venga un día difícil para el Estado, y darán también los viejos escudos rubios que guardan de generación en generación enterrados en un rinconcillo de sus chozas, al abrigo de las tentaciones y de las codicias. Los grandes bueyes blancos de la canción de Pierre Dupont no son ya el amor más grande de esta gente. Por encima de ellos, que representan el tesoro egoísta, está la Francia, la sagrada Francia que sangra.

Hace un instante nos detuvimos en Allemant, con objeto de contemplar, desde las alturas, los inmensos pantanos en los cuales la Guardia prusiana sucumbió heroica y lastimosamente. El capitán Valotte, nuestro gentil y docto *cicerone*, explicábanos la maniobra que había permitido a las tropas francesas detener, en aquel punto, gracias al tiro de su artillería, el avance alemán que amenazaba a París. Durante cinco días la minúscula aldea vivió en medio de una tempestad de metralla. En la llanura, hasta lo infinito, las cruces rústicas marcan piadosamente las fosas en que duermen su sueño eterno los soldados muertos por el Emperador y los soldados muertos por la República. Poco a poco, lo mismo que en las demás localidades por las cuales pasamos, los niños del lugar acudieron, algo inquietos, para rodearnos. Los dos mayores, un chico de diez años, con grandes ojos claros, y una niña apenas menor, linda como una flor silvestre, nos indicaban, con el dedo, los sitios que habían ocupado los cañones.

—¿Dónde estabais vosotros durante la batalla?—les preguntamos.

—En la cueva, escondidos—nos contestaron.

—Así no pudisteis ver nada.

—Sí—murmura la niña.

Y el niño, mirándonos con malicia, agrega:

—Cuando mamá se quedaba dormida, salíamos para

ver el fuego... Eran relámpagos y truenos, pero más grandes...

—¿Cómo hacíais para comer?

—Entonces teníamos de todo, porque no se lo habíamos dado a los soldados... Ahora ya no...

No hay aldea que deje de ofrecer a los hombres que luchan lo poco que tiene. El soplo admirable de hermandad que en las altas esferas políticas ha convertido al país más dividido en la nación más compacta, adquiera, en la modestia de la existencia del pueblo, formas enternecedoras de hermandad. El fusil y la bayoneta no inspiran ya miedo a ningún chiquillo. En los hogares miserables, junto al fuego que reconforta a los labradores, los puestos mejores son para que los *pioupious* sequen sus pantalones rojos refiriendo alegremente historias que hace algunos meses hubieran hecho temblar de espanto y que hoy parecen acontecimientos ordinarios, casi insignificantes. La bravura y el amor de las aventuras guerreras, que medio siglo de paz parecía haber matado en los corazones, despiertan, a la voz del cañón, con todas las gentiles inconsciencias y con toda la bonachona generosidad de los tiempos épicos. ¡Qué cierta es la teoría de Gustave Le Bon, según la cual las razas, a pesar de sus aparentes transformaciones, son siempre, a través de las edades, las mismas! En una granja, esta mañana, un viejo campesino nos enseñaba, en los troncos de los árboles, las huellas de las balas. Arrugado y encorvado, parecía incapaz ya no sólo de energía, sino hasta de resistencia física. Al buscar los agujeros en las cortezas de los manzanos, sus manos temblaban. Su voz era caduca y su palabra tarda.

—Como yo no veo bien—decíanos—no pude distinguir a unos cinco ulanos que se colocaron allá enfrente, bajo aquellos chopos, y me preguntaba de dónde demonios podían así llegar hasta aquí las balas. Mi vieja, siempre temerosa, creía que los tiros iban a atravesar la

puerta y a matarnos a los dos. Cada disparo producía un choque en el huerto y hacía saltar a la infeliz. Yo la dije: «No hay que tener miedo, vieja; en 1870 yo también tiraba, y ya ves que no me pasó nada. Todo está en la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo.» Pero ella no quería quitar la vista de la ventana, preguntándome si la puerta de la granja estaba bien cerrada. «Voy a ver», la contesté, y me salí por ahí fuera; y al no más poner los pies en el huerto, ¡pan!, una sacudida aquí, en el costado. Al primer instante no me di cuenta... Pensé que era una pedrada... Después comencé a sentir un calor, y después me sentí mojado... ¡Alabado sea Dios, si será algún rasguño!—pensé. Y era una bala que me había atravesado todo el cuerpo, aquí, junto a la cintura... Cuando uno es viejo, no le gusta morir, como los muchachos que no saben lo que es el mundo... Y además mi vieja no me tiene más que a mí desde que se nos fué nuestro hijo... «No hay nada—le dije—; no hay que tener miedo; voy a ver las gallinas.» Así me fuí a casa de mi compadre Félix, por aquí detrás, y allá me curaron... Ocho días de cama... Ahora ya estoy bueno...

—¿No sufrió usted mucho?—le preguntamos.

—No—nos contestó—; los alemanes no son capaces de matar a un viejo de la guerra del 70... Como vuelvan por aquí, con la escopeta los hago salir corriendo...

Al fin, con voz firme:

—Mas no volverán, después de la carrera que dieron...

Por todas partes, la impresión de que la retirada del Marne fué para los alemanes una derrota vergonzosa, anima a los campesinos. En vano los militares que pasan por aquí les explican, con la noble franqueza de todo francés culto, que aquello no fué una derrota, ni menos aún una huída, sino una *retraite* precipitada después de cinco días de un combate desastroso, pero honroso. El pueblo no entiende de estas sutilezas. Habiendo visto a las tropas de von Klück y de von Bülow retroceder

desordenadamente, con sus uniformes llenos de lodo, con sus caras llenas de espanto, con sus carros llenos de heridos, está seguro de no equivocarse.

—Si los hubiera usted visto cuando iban seguros de llegar a París lo orgullosos que marchaban, y luego cómo regresaron para pasar escapados, volviendo a cada instante los ojos hacia atrás, se habría usted reído del cambio!—exclaman.

Lo triste, ¡ay!, es que todas estas imágenes de heroísmo y de alegría se desvanecen apenas contempla una las ruinas amontonadas a lo largo de las rutas, apenas escucha las historias de las pobres mujeres enlutadas que buscan un refugio en las ciudades, apenas se detiene ante los campos cubiertos de tumbas, apenas ve, en las márgenes de los ríos, los escombros de los puentes. ¡Ah! ¡Cuán diferente es la guerra vista de lejos, con sus grandezas, con su estrépito, con su belleza teatral, con sus magníficos toques de clarines, y la guerra vista de cerca, con sus miserias, con sus atrocidades, con sus llamas, con sus gestos dolorosos, con sus muertos que se pudren en las trincheras abandonadas!... Ahora mismo, en un campo de batalla de las cercanías de Meaux, acabamos de sentir el más horrible de los escalofríos. El capitán Vallotte hacíanos admirar el ingenioso arreglo de los fosos que aún quedan abiertos y en los cuales los soldados, ocultos para tirar, se fabricaban bancos para sentarse. Al acercarnos a un bosquecillo en que unas cuantas cruces marcan las sepulturas de los que sucumbieron bravamente, dos perros enormes salen huyendo con un hueso entre los dientes. M. de Jessen, el coronel danés, que ha visto las grandes guerras modernas, nos dice:

—En Manchuria, en los Balkanes, en todas partes he encontrado a los mismos perros hambrientos que desenterran a los muertos para devorarlos.

¡Y los cuervos, Dios mío!... ¡La comarca entera es

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

llena de vuelos negros! Detrás de los ejércitos, aquí como en la India, las aves de la muerte se ciernen innumerables, esperando su macabro festín, y graznan para celebrar la absurda locura del hombre.

El capitán nos hace observar el cuidado piadoso con que el pueblo francés, para evitar las profanaciones, cava y adorna las tumbas de sus héroes. A cada vuelta del camino, entre los inmensos árboles heridos, los cementerios improvisados se extienden a pérdida de vista. En cada fosa hay una cruz, una inscripción, un ramillete de flores campestres. Las campesinas han recogido los quepis rojos de los soldados, y los han colocado sobre las cruces. De trecho en trecho, una banderita tricolor ondea al aire frío del invierno. De lejos, diríase un campo de amapolas sangrientas. Y todas esas necrópolis son iguales, en todas se leen los mismos nombres anónimos, todas tienen su mismo aspecto desolado y helado. Lo que ayer era granero de vidas, hoy es un osario. En su religioso respeto de la muerte, los labradores no siembran donde las cruces se alzan. Resignados a no ver el trigo crecer el año próximo, se inclinan, silenciosos, y oran.

¡Ah, la paz siniestra de lo que fué un vergel! Nosotros también oramos en las campiñas santas. ¡Por los de aquí y por los de allá; por los que sucumbieron luchando; por los pobres soldaditos que cayeron, una tarde como ésta, bajo este cielo, y que ya no volverán a ver sus hogares, Padre nuestro, que estás en los cielos, sé misericordioso; y si la gran tragedia que destruye tu obra provoca tu cólera, no los culpes a ellos, que ofrecieron el holocausto de sus vidas en aras de un ideal, sino a los que movieron sus brazos inocentes!...

¡Ah, y después de todo, quizás son los muertos los más felices!... Los hijos de estas regiones que vuelvan, más tarde, vencedores, no encontrarán nada de lo que dejaron en sus aldeas. Sus aldeas mismas, sólo son, aho-

ra, hacinamientos de ruinas. Las iglesias en que sus madres rogaron por ellos, se han hundido. Sus parientes, sus amigos, sus novias, nadie sabe dónde viven, si es que viven aún. La guerra ha pasado cual un torrente de fuego por la rica Isla de Francia. Durante horas enteras, días y días, hemos visto el espectáculo de la desolación. Aquí ya no queda nada, nada, nada: las cenizas mismas se las ha llevado el viento, y sin embargo, aquí había una aldea feliz.. Allá una torre derruida domina un montón de ruinas; no hay un techo, no hay una tapia completa: es Ribecourt... Algo más lejos, el río lleva en su corriente los restos de otro pueblo, como *épaves* de un naufragio... Y allá, en aquel siniestro valle, ¿qué vemos?... Es Champguyon incendiado, desventrado, raído cual una decoración de teatro; Champguyon, que tuvo fama de ser un paraíso silvestre; el infeliz Champguyon, amado de los pintores... ¡Qué pena tan honda!... Pero no nos detengamos ante sus granjas calcinadas. No hay tiempo para llorar cada ruina. ¡Son infinitas!... Es Poligny menos infeliz que sus vecinos, puesto que aún le quedan algunas casitas intactas; es Charleville del Marne, con su iglesia demantelada; es Oyes desierto, muerto y negro; es Creil, es Choisy au Bac; es Sonmesous; es el pacífico Le Reoude, donde no se disparó un solo tiro, y que, sin embargo, los prusianos incendiaron casa por casa, granja por granja, riendo a carcajadas; es Le Villeneuve y su bella iglesia, de la cuál sólo quedan los muros calcinados; es Chatillon-sur-Morin, nido de poetas y de pintores, rincón de idilios entre las parras, y en donde, ¡ay!, hasta las parras han sido quemadas; es Borest, cerca de Senlis, el trágico Borest, que parece revuelto y sacudido por un terremoto; es Reuves, es Verberie, es Courtacon; es Esternay destruido de un modo absoluto y como para cumplir alguna maldición bíblica; es Chaucouin; es Senlis; es Barcy, el encantador Barcy, cuyo templo era una joya, y que ahora no conserva sino una

torre agujereada; es el castillo de Mondement, donde el Príncipe imperial se alojó dos días, y que ahora más parece una granja abandonada después de una catástrofe que una casa señorial; es la antigua abadía de Saint-Gond, en fin, cuyos restos humean aún...

No es posible dar un paso sin encontrar una ruina.

Para ver, por una ventana, lo que ha pasado en el interior de una quinta suntuosa, en medio de un jardín, nos paramos un instante. Dijérase que no han sido las llamas las que han creado la desolación. He ahí un piano, en efecto, cuya madera sigue luciendo, y he ahí una vidriera, a la cual no le faltan sino los cristales. En el suelo, no obstante, los objetos más heterogéneos yacen rotos: platos, vasijas, estatuillas, sederías, faldas, regaderas, baúles, libros, cacerolas... ¿Qué manos criminales se encarnizaron así en el nido de esta familia rica?..

La respuesta es siempre la misma:

Los alemanes.

Pero ¿es posible que un gran pueblo que ha dado al mundo sabios, poetas, legisladores, llegue así, en el vértigo de la lucha, a sobrepasar en barbarie inútil a las hordas de los siglos más remotos?... ¿Es verosímil que los hombres que aprenden en Heidelberg, que imprimen en Leipzig, que inventan en Berlín, que comercian en Hamburgo; los hombres apacibles que se enternecen leyendo *Werther*, que palpitan oyendo *Parsifal*, caigan en los más odiosos excesos de bestialidad?

No; yo no quiero creerlo... Yo quisiera no creerlo...

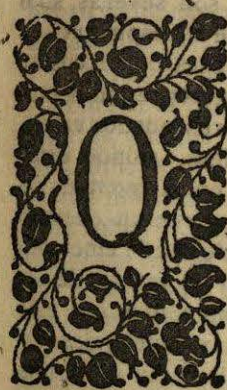
Y sin embargo, mudos y negros, los testigos están aquí, en los campos del Marne, enseñando las trazas de las llamas, del saqueo, de la crueldad... ¡Ah, y si las lluvias del otoño no hubieran borrado las huellas de sangre!...

Al salir de los campos de escombros y penetrar en los lugares que no han sido incendiados, la sonrisa de la gente me parece casi criminal. ¡Sonreír frente a tanto

duelo! No es por falta de sensibilidad, empero. Cuando se trata de recordar los horrores sufridos, no hay rostro que no se crispe. En las pupilas, la visión de los aldeanos fusilados persiste imborrable; pero hay en los habitantes de la Brie y del Oise algo de lo que se nota en los náufragos que, después de perder lo que poseían, logran salvarse. Y hay, también, lo que Rudyard Kipling llama «el invencible escudo de la Francia», la sonrisa, que no es un signo de debilidad, sino de fortaleza; la buena sonrisa que oculta los grandes dolores y que anima para las grandes empresas; la sonrisa de Voltaire cuando destruye, de Bayardo cuando muere, de Renán cuando sufre... ¡Sublime pueblo, cuán mal te conocen los que, al verte entre tus ruinas, no saben que la sonrisa es la flor divina del verdadero heroísmo!

LOS ALEMANES EN CHAMPAÑÓPOLIS

2 de diciembre.



QUIÉN diría que esta ciudad acaba de vivir las horas más dramáticas de su existencia? Todo en su aspecto es tranquilo, solemne y hasta algo pesado. Los habitantes tienen el aire provincianamente vanidoso de las burguesías ricas. Por las ventanas de los pisos bajos se ve, como en Burdeos, como en Amberes, el orgullo con que cada hogar ostenta sus esplendores. Las silleras doradas, las mesas de mármol, los cortinajes de damasco y las vidrieras con adornos de bronce, abundan. Las criadas lavan los zaguanes de mosaico cual si pulieran joyas de alto precio. Los escaparates de las tiendas están llenos de sombreros con demasiadas plumas, de trajes con demasiados adornos, de *bibelots* con demasiadas complicaciones. Hay muchos coches particulares, parados ante las puertas, esperando a los ricos cosecheros. El guía que se ha encargado de enseñarnos el barrio Abelé, destruido por las granadas alemanas, se complace en hacernos recorrer las silenciosas y grises avenidas donde las ilustres familias poseen sus mansiones. «Aquí vive el conde Claudio Chandon—dice con respeto—, aquí vive M. Mercier, aquí viven los herederos de Aulian Moet...» Cada nombre ilustre corresponde a una marca famosa,